

Papeles del
450 aniversario

nº 64

Colegio Ntra. Sra. de los Infantes

9 de mayo 1557 a 9 de mayo de 2007



Eugenio Guerra Sánchez-Diezma

Profesor del colegio

No soy yo ni mucho menos, la persona mas indicada ni más capacitada para hablar del recordado D. Jesús Hornillos Alonso, Hornillos, como todos abreviamos y más fácilmente nos dirigimos a él. No tuve la fortuna –y esta es una de las pocas cosas que envidio a los que sí la tuvieron- de poder compartir con él horas y horas de trabajo o de asueto. Por eso no pretendo



con estas líneas definir un perfil biográfico - *forse altro canterà con miglior plettro*- pues no sabría hacerlo, y si lo hiciera, sería un sucinto e insípido relato que nada engrandecería a nuestro compañero. No me mueve, si no, a hacer esto, la deuda, como moral, que tengo con él (y con otros) y al mismo tiempo, aprovechar para testimoniar mi más profundo respeto y mi más sincera admiración por este sacerdote cabal y hombre íntegro, al que tanto respeto tengo, como vosotros, aún habiéndole conocido casi solo por referencias.

Vaya por delante una apreciación: las únicas veces que yo coincidí con D. Jesús en esta casa fue cuando nuestro Colegio Infantes me acogió generosamente para realizar mis prácticas docentes para la consecución del CAP, encuentros que se saldaron con unos corteses y escuetos saludos de buenos días.

Recuerdo también, que la última vez que vi a nuestro querido Hornillos fue en la misa de acción de gracias por el cardenalato de nuestro arzobispo y rector Mons. Cañizares.

Recuerdo perfectamente como un hito indeleble en mi memoria el día que me presenté en el despacho de D. Sebastián, a requerimiento del mismo, para “echar una mano”, casi al final del curso, y sin conocer a quién sustituiría y por qué lo haría, como en otras ocasiones. Recuerdo también cómo durante la entrevista llegaba al despacho, *finito coro*, el también muy querido D. Ángel Redondo, quien me felicitaba por mi llegada. Una extraña sensación de angustia por sustituir a Hornillos en aquellas circunstancias ahogaba el natural sentimiento de alegría, de quien encontraba, por primera vez, un trabajo en la docencia en este querido Colegio Infantes.

A través de Nieves, de D. Sebastián, D. Ángel y de Ángel Machuca, que eran las fuentes de información que tenía, seguía la evolución médica de Hornillos, deseando – y lo confieso sinceramente- que terminase pronto mi sustitución por reincorporación del titular. Operaciones, tratamientos..., y sobre todo, lo que más me sobrecogía era el relato de quienes asistían y contemplaban la lucha de un hombre joven y vigoroso, pleno de experiencia y capacidad de trabajo, ante la enfermedad, y la aceptación

plena de un cristiano convencido de la voluntad de Dios en su vida. Esto último, sin ninguna duda, fue lo que más profundamente me marcó, y sin pretenderlo, más me ayudaría meses después. Esta lección era otra más de Hornillos.

Justo en el desarrollo de esta expectación fue cuando se desarrollaba la enfermedad de mi padre. Otra vez el cáncer, el maldito y traicionero cáncer, que toma posiciones cual enemigo invasor, sin ser advertido, y que al lanzar abiertamente su ataque, lo hace casi siempre cuando ya se ha asegurado la victoria. Así empezó el paralelismo. Dice una lauda sepulcral en un cementerio del siglo XIX de mi pueblo: *Mírame con atención, pues lo que eres yo fui, y yo que yo soy, tu serás*. Todo lo que llevaba andado Hornillos, empezaba a andar lo mi padre; todo lo que iba andando Hornillos, había de andar lo también mi padre, y así, hasta la muerte, o mejor, hasta la Vida.

Recuerdo que al iniciarse el año 2006, cuando comenzaron las celebraciones en Orgaz con motivo del primer centenario de la Adoración Nocturna, en los primeros días del mes de enero, fallecía repentinamente el que había sido presidente de la Sección hasta el mes de septiembre anterior. En el velatorio, decía uno de sus hijos, también adorador nocturno (y además, antiguo alumno de este Colegio): “El Señor ha querido que alguien la cuente de primera mano todo lo que vamos a hacer en este centenario”. Y yo creo que con Hornillos ocurrió algo parecido: su marcha coincidió con los preparativos del 450 aniversario del Colegio Infantes.



En la primera semana del mes de abril se movían ya los mensajes pidiendo oraciones por él. El que yo recibí fue de D. Sebastián, tan lacónico y escueto como siempre, pero a la vez tan preciso y elocuente: “Hornillos está muy mal, pedid por él”. Todo hacía presagiar el esperado –pero no por esperado menos desagradable- desenlace final. El día 13 de abril, no moría D. Jesús Hornillos –eso es para paganos incrédulos y desesperanzados-, sino que, tras un doloroso alumbramiento, nacía a una nueva vida en plenitud, junto al Padre que tanto le amó y al Hijo al que tanto amó y sirvió y al Espíritu que todos compartimos. Y ese era exactamente el mismo camino que habría de recorrer mi padre dos meses más tarde. Aún sin quererlo ni pretenderlo, D. Jesús Hornillos seguía siendo testimonio y ejemplo en esos duros momentos. Se marchaba así el mejor embajador a quien el Colegio Infantes podía prestar credenciales, para presentar en el cielo este aniversario que celebramos, y en cuyo ámbito, le dedica estos

Papeles del 450 aniversario que se me antojan manifiestamente insuficientes.



Y ya ha pasado un año. Un año en el que van enlazándose los recuerdos de los que le conocisteis, recuerdos que van tejiendo una invisible tela, que en forma de memoria, deja permanente presencia entre nosotros el amor que le tenemos, el amor que nunca muere, porque participa de un Amor más grande que es infinito, y por tanto, eterno.

